

Rita Montaner y Bola de Nieve fueron canto de universalidad para la música cubana. Ambos constituyen un binomio de perfecto acoplamiento.

del cielo. ¡Viva su alegría terrestre! ¡Salud a su corazón sonoro!" (Pablo Neruda)

Este corazón sonoro, esa alegría terrestre, nacidos de una voluntad de ser heredada del tronco materno fue el signo que empujó siempre nuestro artista, lo que transmitió aún en momentos difíciles, como el de la muerte de la gran Inés que le es comunicada mientras actuaba en un teatro habanero. "Cuando actué, decía en una entrevista, siento de todo: un torrente de sensaciones, desde lo erótico a lo ingenuo, desde el entusiasmo a la desesperación. Siempre soy un niño, pero soy más niño cuando actúo. Yo soy un hombre triste que siempre está alegre".

Su hermana Raquel, adonde él acudía como a un refugio, no recuerda que Ignacio le hablara jamás de tribulaciones y pesares.

Y cuando el periodista le pide que se defina, resume así: "Bola de Nieve, un negro en flor". Esta definición cargada de ironía, revela el genio de Bola, su propio sentido del humor. Y eso, desde luego, explica por qué cada canción que él interpretaba era tan suya, por qué estaba dicha con tanto gusto y tanta calidad. El giro irónico, de una ironía desgarrada, que él le confiere a *La Vida en Rosa* de Edith Piaf, por ejemplo, hizo exclamar a la cantante francesa que nadie cantaba su canción como al cubano Bola de Nieve, y confesó que en Cuba la iba a cantar, pero no sin cierto pudor. Su voz de persona, su ronquera ancestral, el suave susurro en *Drumbe Mollia*, de su propia creación, o en *Drumbe Negrita*, convertidas en verdaderas canciones de cuna, encarnaron al artista que fue en su acto supremo de convertir la palabra en naturaleza poética.

El terreno en que se formó, musical, como si hubiera nacido en una caja de resonancias, la educación que él mismo se proveyó —estudió guitarra, flauta, filosofía, en 1927 matriculó en la Escuela Normal para Maestros, sirvió para dotarlo de una cultura integral y de una visión del mundo muy personal y lejos de la mercedosa farmaciología.

Sus amigos íntimos expresaban que Bola era un filósofo, y con esto querían decir que tenía su estilo propio de pensar, de transmitir cada canción, cada mensaje. Si Bola hubiera querido cantar en vez de cantar lo hubiera podido hacer de la manera más ingeniosa porque era un cuentero sabidujo, fabulista evocador de viejas historias de abuelos africanos contadas con la gracia y expresividad de un griot.

Hablaba recreando al objeto aludido, como cantaba sus canciones.

En su casa de Guanabacoa, sus amigos íntimos, pudieron disfrutar de este don tan peculiar, entre arpegios y canciones de moda.

El concierto íntimo revestía una riqueza extraordinaria, con sus complementos de danza, gesticulación y narración simpática. En aquella casa de Guanabacoa, su taller diario, radicaba el mensaje de cubanía que él supo universalizar con su talento insustituible.

Aquella casa le enseñó todo lo que tenía que aprender. El mundo le deparó ciertas mañas, ciertos trucos de escena, pero Guanabacoa le había provisto ya de su médula comunicante.

Ignacio Villa, fue un enlace entre los pueblos de Cuba y el mundo. Aquí lo vemos paseando por el famoso "boulevard" de La Reforma.



En Guanabacoa, precisamente, comenzó la carrera. El niño Ignacio tocaba el piano en el tustup del cine silente de su barrio, del barrio Carral y en los bailes de salón y las verbenas. El dinero que ganaba, muy poco por cierto, se lo daba íntegro a la madre Inés. En el conservatorio Mateu de Guanabacoa empezó a estudiar el piano formalmente a la edad de ocho años. No habían arribado aún los años veinte. Su talento descollaba. La carrera artística de este poeta de la canción empezó como un juego y como un juego la desarrolló hasta el final.

Todo es bueno en la vida cuando uno no se engaña creyendo que está haciendo algo.

En realidad estudió poco el piano. El maestro Guyón le orientó en busca de un repertorio adecuado a su voz de timbre áspero. Le enseñó algo de armonía y los tonos de los aires negros.

De María Cervantes y sus toques ritmáticos del pianismo cubano de Saumell y Cervantes aprendió lo que ya estaba en su sensibilidad. Bola fue continuador de una tradición cubana de decir. No surgió por generación espontánea o por el sombrero de copa de un mago. Se encuentra en el vórtice de un movimiento de revalorización cultural nacido en los años treinta, de una batalla por la independencia artística que preparó en un anchísimo marco científico el etnólogo Fernando Ortiz.

Moviéndose entre Roldán y Caturia, Guillén y Lam, las figuras primero de Rita y luego

